

REFORMAS A LA ENSEÑANZA DE LA HISTORIA EN MEXICO

Trabajo presentado ante el Primer Congreso Mexicano de Historia Patria, por JOSE DE J. NUÑEZ Y DOMINGUEZ, representante de la Academia Mexicana de la Historia, correspondiente de la Española, y delegado del Gobierno del Estado de Veracruz.

En los países más adelantados del orbe se está desarrollando actualmente un intenso movimiento para reformar la enseñanza de la Historia en todos los establecimientos docentes, desde las escuelas primarias hasta las universidades.

El reajuste de valores a que se ha entregado el universo, no podía considerar como intangible lo que se refiere a los métodos educativos y principalmente a lo que se relaciona con una de las ramas más importantes del saber humano como la Historia. De ahí que en los momentos presentes los educadores de más nota, los intelectuales de fuste y aun los estadistas de mayor relieve, se preocupen porque la enseñanza de la Historia se manumita del grillete tradicional que la circunscribe a un estrecho radio de acción para que pueda libremente especular por los campos de la nueva ideología.

La humanidad de ahora quiere encontrar en las múltiples actividades de sus componentes una *concordancia* perfecta con su estado espiritual. No la satisfacen ya los sistemas de que eran sillares sólidos la exaltación patriótica y el culto desmedido a los héroes y si es verdad que se palpa doquiera un renacimiento por el gusto de la Historia y por la individualización del héroe como en los tiempos románticos (el gusto por la Historia caracterizó el primer romanticismo, según un pensador) no es menos cierto que si entonces las producciones históricas fueron obras de poetas y de artistas, en la actualidad han dado vida a ese género de trabajos los hombres especializados en la materia y sujetos a rigurosas disciplinas científicas.

Los pensadores modernos tienden a destruir la opinión que todavía sustentan algunas altas mentalidades acerca de la Historia y que puede

resumirse en esta frase del máximo de los poetas franceses contemporáneos, Paul Valery: "La Historia es el producto más peligroso elaborado por la química del intelecto", porque según él "vuelve a las naciones amargadas, soberbias, insoportables y vanas". Esta demoledora opinión, resulta precisamente una comprobación de que tal como se ha escrito y se ha enseñado hasta la fecha la Historia, ha entrañado un perjuicio en los diversos órdenes de la existencia de los pueblos.

A destruir esas tendencias y a colocar la enseñanza de la Historia en el plano exacto que le asignan las corrientes del pensamiento de hoy, con un amplio sentido de comprensión y de interpretación en causas y fenómenos, se encaminan los propósitos de renovación que se sienten en todas partes.

En las naciones que se vieron envueltas en la conflagración mundial de 1914, el movimiento de reforma ha adquirido caracteres especiales. Es desde luego, claramente pacifista. Las duras pruebas que trajo la guerra, los horrores sufridos, la destrucción de la familia y del hogar, de tal modo han dejado su huella de dolor, que cuantos abogan porque la enseñanza de la Historia sufra un cambio total, enderezan su tarea a desterrar de la escuela la exaltación del nacionalismo y a propugnar por "un sentimiento de solidaridad de la raza humana y de cooperación internacional".

Aristides Briand, el primer Ministro de Francia que se declaró en su última etapa de político como un férvido apóstol de la paz, expresó en Ginebra ante la "Sociedad de las Naciones", el peligro que asomaba en las escuelas donde se inculcaban a los niños ideas de revancha y no vaciló en tildar de "odiosos criminales" a quienes realizaban tan nefasta labor. Y auguraba que "la paz reinaría entre las naciones" el día "en que se enseñe a los niños a estimar a los otros pueblos y a buscar lo que une a los hombres en vez de aquello que los separa".

Y una voz más reciente y tan autorizada como aquélla, la del célebre pensador Bertrand Russell, se ha levantado para abogar porque se destierre de las escuelas la enseñanza de la Historia a base de "nacionalismo malsano" y ha llegado hasta proponer que la enseñanza "debe abarcar la historia universal en vez de concretarse a la de una nación en particular y dar preferencia a los asuntos de carácter cultural sobre los de carácter bélico".

Sin embargo, la teoría pacifista cuenta también con múltiples contradictores, que opinan que no es posible enseñar Historia sin ocuparse extensamente de los hechos marciales, de las batallas y de las guerras, que forman parte medular del proceso evolutivo de la humanidad. Cuando el Congreso de Historia de Montevideo, integrado en buena parte por individuos europeizados, de hábitos y cultura europeos, aprobó secundar las resoluciones tomadas en las asambleas similares de Oslo y de Roma; es decir, propugnar por todos los medios para implantar el sistema paci-

fista en la enseñanza de la Historia, se alzó en su contra una ola de oposición que aún subsiste. "No es posible, alegan los contradictores, enseñar historia sin batallas. Si se hace eso, se convierte la Historia en una serie de cuentos de hadas y se desvirtúa la verdad". Se les ha replicado que no se trata precisamente de proscribir lo que llama Cousinet "La historia de los hechos de armas, de tratados de gestos, de los grandes hombres" que, agrega, "sirven de estímulo a la acción, sino de aminorar su importancia en su espíritu de exaltación bélica y como medio de cultivo del patriotismo belicoso que lleva a los excesos sangrientos". (1)

A este propósito es necesario recordar que el punto ha sido expuesto con un gran acopio de sapiencia por Ortega y Gasset en sus obras

(1) En la VII Conferencia Internacional Americana, que se celebró en Montevideo del 3 al 26 de diciembre de 1932, se firmó una convención sobre la enseñanza de la Historia por todos los países allí representados, cuyas cláusulas aprobadas fueron las siguientes:

Artículo 1.

Efectuar la revisión de los textos adoptados para la enseñanza en sus respectivos países, a fin de depurarlos de todo cuanto pueda excitar en el ánimo desprevenido de la juventud la aversión a cualquier pueblo americano.

Artículo 2.

Revisar periódicamente los textos adoptados para la enseñanza de las diversas materias, a fin de conformarlos a las más recientes informaciones estadísticas y generales, con el objeto de dar en ellos una noción lo más aproximada y exacta de la riqueza y de la capacidad de producción de las Repúblicas Americanas.

Artículo 3.

Crear un "Instituto para la Enseñanza de la Historia" de las Repúblicas Americanas, con sede en Buenos Aires, encargado de coordinar la realización interamericana de los propósitos enunciados, y cuyos fines serán recomendar que:

a). Se fomente en cada una de las Repúblicas americanas la enseñanza de la historia de las demás.

b). Se dedique mayor atención a la historia de España, Portugal, Gran Bretaña y Francia, y de cualesquiera otros países no americanos en aquellos puntos de mayor atinencia con la historia de América.

c). Se procure que los programas de Enseñanza y los Manuales de Historia no contengan apreciaciones inamistosas para otros países o errores que hayan sido evidenciados por la crítica.

d). Se atenúe el espíritu bélico en los manuales de historia y se insista en el estudio de la cultura de los pueblos y del desarrollo universal de la civilización, para determinar la parte que ha cabido en la de cada país a los extranjeros y a las otras naciones.

e). Se elimine de los textos, los paralelos enojosos entre los personajes históricos nacionales y extranjeros, y los comentarios y conceptos ofensivos y deprimentes para otros países.

f). Se evite que el relato de las victorias alcanzadas sobre otras naciones pueda servir de motivo para rebajar el concepto moral de los países vencidos.

g). No se juzgue con odio o falseen los hechos en el relato de guerras o batallas cuyo resultado haya sido adverso, y

h). Se destaque todo cuanto contribuya constructivamente a la inteligencia y cooperación de los países americanos.

En el desempeño de las altas funciones educativas que se le cometen, el Instituto para la Enseñanza de la Historia mantendrá estrechos vínculos con el Instituto Panamericano de Geografía e Historia, que funciona en la ciudad de México, establecido como órgano de cooperación entre los Institutos Geográficos e Históricos de las Américas y con las demás entidades de fines similares a las suyas.

completas, en el capítulo intitulado "La Interpretación Bélica de la Historia". El eminente filósofo español, al rebatir la cuestión del materialismo histórico, consigna estos conceptos: "esa historia para la cual la realidad es lucha, y sólo lucha, es una falsa historia, que se fija sólo en el *pathos* y no en el *ethnos* de la convivencia humana; es una historia de las horas dramáticas de un pueblo, no de su continuidad vital; es una historia de sus frenesíes, no de su pulso normal; en suma: no es una historia sino más bien un folletín".

Esta reacción pacifista, que ya es general, y de que hablan los tratadistas más avanzados como el profesor español Teófilo San Juan, que se pronuncia decididamente en contra de los que designa "el latido patriótico, la cuerda épica", se manifiesta luminosamente en la más nueva de las metodologías de la enseñanza de la Historia que se conoce en castellano, la del profesor de la Escuela Normal de Bruselas, señor L. Verniers.

Se destaca especialmente, como lo dice su prologuista Tobías Jonckheere, por su vivo interés, su carácter innovador, su concepción realista y su alcance educativo. Cuando se desee conocer la evolución sufrida a través de los tiempos por la enseñanza de la Historia y sobre todo los procedimientos que se están empleando en estas épocas, habrá que recurrir forzosamente a la metodología del señor Verniers, porque en ella se hace un resumen conciso y diáfano de los métodos, de sus transformaciones y de sus puntos esenciales y se exponen las doctrinas que se juzga son las más convenientes para la educación de las generaciones presentes.

El señor Verniers, al referirse a las encuestas que acerca de esta materia ha hecho la Sociedad de las Naciones, lo mismo que las efectuadas por la Comisión Internacional de Cooperación Intelectual y por el Comité Internacional de Ciencias Históricas, ha llegado a la conclusión, perfectamente aplicable a México, de que "La enseñanza de la Historia se ha convertido... en el instrumento del poder existente y no en el auxiliar de la verdad". Y refuerza su tesis deduciéndola de las mencionadas encuestas, con una interrogación y una respuesta que marcan la verdadera situación del asunto: "¿Qué fué la enseñanza de la Historia y qué es todavía con demasiada frecuencia? Una enseñanza tendenciosa parcial, esto es, belicista".

No puedo por menos que transcribir, otros de sus conceptos que dan la pauta de su pensamiento: "¿Qué se puede pensar de una concepción de la enseñanza de la Historia que se inspira exclusivamente en las necesidades de un dogma político o de una doctrina estrechamente nacionalista y xenófoba?"

"No hay que decir que el humanismo la rechaza enérgicamente. No es que condene el amor a la patria, sentimiento tan natural como el

amor de un hijo por su madre; pero no se puede admitir que el amor a la patria excluya el amor a la humanidad”.

“Al patriotismo despectivo y agresivo se opone un patriotismo generoso y comprensivo que no excluye el sentimiento de la unidad y de la fraternidad humanas. A la soberbia voluntad de conquista y de dominación opone el profundo deseo de colaboración pacífica, de recíproca ayuda intelectual, moral y material”.

No se aminora el amor por el pueblo donde se ha nacido cuando se procura comprender lealmente las aspiraciones del país vecino; no se le ama menos cuando, en contacto con el extranjero, se disipan las prevenciones y los equívocos heredados de un tempestuoso pasado; no se le ama menos al comprender que hoy las naciones dependen las unas de las otras cada vez más, que la civilización humana es una, que no puede sostenerse y progresar si no es por la colaboración pacífica de todos los pueblos. . . .”

“La enseñanza de la Historia, de acuerdo con las demás enseñanzas, debe proponerse la finalidad de virilizar el espíritu, habituándole al respeto de la verdad, al gusto por la investigación personal, a la observación escrupulosa de los hechos y de las cosas, a interpretarlos imparcialmente, en una palabra, a elevarlo a la probidad científica”.

“El sentimiento de la patria no perderá nada con ello, al contrario. Pero esto supone, de una parte, una refundición de los programas y de los manuales de historia y, de otra parte, una readaptación de los métodos de enseñanza”.

Hombre de su tiempo, el señor Verniers da una importancia capital para los estudios históricos a la vida económica, tan descuidada en la enseñanza de la Historia de México. La preeminencia del factor económico, dice, que es la base de la concepción sociológica de C. Marx, ha sido reconocida, por otra parte, como verdad indiscutible por los espíritus más notables de nuestro tiempo. Bergson escribe: “Dentro de milares de años, cuando la lejanía del pasado sólo deje percibir sus grandes líneas, nuestras guerras y nuestras revoluciones apenas tendrán importancia, si es que se recuerdan; pero de la máquina de vapor, con todos los inventos que constituyen su cortejo, se hablará acaso como nosotros hablamos de la edad de cobre o de la piedra tallada; servirá para definir una edad”.

Para él poseen una gran fuerza sugestiva la historia del trabajo y de los trabajadores y la lucha que el hombre ha entablado contra las fuerzas hostiles de la naturaleza.

No continuaré espigando en las páginas de esta obra, a la que remito a los que se interesen en ahondar la cuestión metodológica. Lo transcrito es suficiente para darse un concepto cabal de las ideas que sustenta el autor, cuyos postulados se resumen para preconizar como programa de historia las siguientes partes esenciales de un curso: I.—

La Historia Política. II.—La Historia Económica y III.—La Historia Moral, Intelectual y Artística.

Obra también de erudición y de recia médula es la intitulada "Doctrina Histórica", publicada hace poco por el doctor Donato Latella Frías, Profesor de la Universidad Nacional de Córdoba, República Argentina. La mencionada obra revela que su autor se dedicó de lleno al estudio intensivo de los problemas fundamentales de la Historia y más que nada se distingue por las aplicaciones nacionalistas con que abarcó la cuestión.

El resumen que en ella hace de los sistemas adoptados en los diversos países del orbe en la enseñanza de la Historia, es modelo de claridad y fuente de exacta información.

Y las conclusiones a que llega, después de plantear todas las cuestiones relacionadas con el carácter de la Historia, sus formas y divisiones, la relación temporal y parcial de la Historia, la resultante científica de la causalidad y la metodología, son las siguientes, que pueden servir de modelo para los especialistas de México:

I. La Historia tiene un fundamento teórico y práctico en la consideración de los acontecimientos sociales y en la relación de los hechos pasados.

II. La Historia es ante todo una ciencia que tiene por objeto la comprobación del pasado; pero que además, contribuye a la elevación cultural y moral de las sociedades.

III. El elemento subjetivo en la relación, determina las formas narrativa, pragmática y genética; siendo ésta la más alta expresión de la Historia.

IV. El individualismo es incompatible con la determinación general de los hechos sociales.

V. La cronología es la base de la relación temporal; el espacio localiza los acontecimientos, reobrando en la idiosincrasia del pueblo.

VI. Las series históricas reemplazan en esta disciplina, a la ley de las ciencias experimentales.

VII. El materialismo histórico no basta como causa científica, a explicar todos los fenómenos de la evolución.

VIII. El método depende del carácter mismo de la disciplina y de la orientación en su sistema de investigación y enseñanza.

IX. En los países más adelantados, constituye esta materia, una dedicación especialista de los estudios superiores, siendo la labor comprobatoria, su fin primordial.

X. En nuestro país debe tener la Historia una finalidad nacionalista y tender a la propensión cultural del pueblo, y la labor científica de las universidades".

La mente de los tratadistas modernos no es despojar a la enseñanza de la Historia de su concepción patriótica sino desembarazarla de la

"historia patrioterista," como justamente la llama el doctor don Juan Ramón Uriarte en su magnífico estudio "El Pensamiento paralogístico en la Historia", quien abundando en las teorías de Verniers por feliz coincidencia y concretando su punto de vista manifiesta: "avivar la virtud del patriotismo de una nación desfigurando la imagen de la verdad de su pasado, es ilogismo que gravita hacia los campos de la Etica", porque, agrega, "los historiadores o escritores que incurren aún de buena fe en esta falacia, confunden, como observa un crítico francés, el patriotismo que es una virtud, con la Historia que es una ciencia".

En Rusia, la reforma escolar comprende también uno de sus capítulos más interesantes de la metodología de la enseñanza de la Historia. Por boca de uno de sus más altos intelectuales, Máximo Gorki, conocemos en síntesis la teoría del "Nuevo Humanismo" en que se basa esta metodología. Dice el formidable literato eslavo: es necesario que mostremos al niño el hombre histórico tal como salió de las "tinieblas de los siglos" y desde su principio los procesos semiconscientes del trabajo. Esto es ineludible para que los niños se representen los caminos que conducen del descubrimiento del hacha de piedra a los de Stephenson o de Diesel, que llevan los creadores de cuentos, esa hipótesis fantástica a Marx, cuya gran doctrina nos indica la ruta larga y directa hacia una humanidad futura, serena y laboriosa. Entrando en un mundo nuevo, en un mundo en que la técnica liberta al trabajo, en una sociedad sin clases, los niños deben saber qué enorme importancia tiene el trabajo físico, cómo cambia no sólo las formas sino también las cualidades de la materia, y cómo, dominando las fuerzas naturales, crea una "segunda naturaleza..." Los niños deben saber que si la libertad de la actividad laboriosa no hubiera sido restringida y limitada en todo el curso de la Historia por la avidez de las clases dirigentes, la humanidad trabajadora se encontraría en un nivel infinitamente superior al nivel de la actual "cultura humana," construída sobre los huesos de los pueblos trabajadores y cimentada con su sangre... Para nosotros la Historia no es un fetiche; la hacemos según un plan... Los ejemplos múltiples de los reflejos falseados y deformados de los fenómenos del mundo objetivo en los medios burgueses nos sirven para indicar a los niños cómo y por qué se falsean las concepciones exactas del mundo. Debemos elevar al nivel que se impone la representación relativa al trabajo histórico del hombre, cuya energía organiza y transforma al mundo y crea una "segunda naturaleza, una cultura socialista".

Aludamos, por último, a la doctrina sustentada por el Profesor Faría de Vasconcellos autor del libro "Una Escuela Nueva en Bélgica", acerca de la necesidad de establecer lo que él llama "coordinaciones sintéticas" y que nos explica el profesor Jorge de Castro y Cancio en su obra inédita "La Revolución y la Escuela", en esta forma: "Agrupaciones de datos vivos, asequibles a los muchachos en relación con la habitación, el

vestido, los medios de transporte, la agricultura, la industria, el comercio, etcétera, es decir, la historia de cómo el hombre ha venido satisfaciendo sus necesidades fundamentales de hombre”.

En el caso particular de México, debemos desde luego proclamar muy alto que ha tocado a dos de sus hijos la gloria de haber sido de los primeros en sustentar los postulados renovadores de la enseñanza de la Historia. Me refiero a mis distinguidos amigos los señores licenciados Gilberto Loyo y Alfonso Teja Zabre.

El primero de ellos puede ser llamado con justeza el precursor de este movimiento reformista. Desde que se encontraba a su cargo la cátedra de Historia en la Escuela Nacional de Agricultura, encaminó sus pasos por derroteros nuevos y como tuvo la oportunidad de asistir al Congreso de Historia que se reunió en Budapest en 1913, allí expuso las teorías referentes a la renovación de los métodos de la enseñanza de la Historia, con gran aplauso de aquella asamblea. Con su fina percepción de hombre de estudio, al regresar a México dió aplicación a nuestro medio a las doctrinas sustentadas. Sus observaciones personales y sus ideas generales acerca de estos puntos importantes se encuentran contenidas en el folleto intitulado “Sobre Enseñanza de la Historia”. Desglosamos de éste su opinión acerca de lo que debe constituir el aspecto de la historia de México en la enseñanza de las escuelas secundarias. He aquí su manera de pensar: “Opinamos que el político, porque éste debe constituir la estructura del curso de Historia General, y también la del de México, en las escuelas secundarias. La necesidad de escoger el aspecto político, como armadura metálica, como médula de estos cursos escolares, ha sido señalada y razonada por varios escritores y sentida entre los maestros. Esta función (de estructura, de esqueleto, de soporte), dada en textos y programas, en obras sobre enseñanza de la asignatura, y en la cátedra, al aspecto político, significa preferencia, pues habrá partes del curso en que desaparezca el aspecto religioso, por ejemplo, o bien el institucional; en cambio el político se mantiene siempre presente, inalterable, como el fino hilo de acero que conecta, como la línea delgada, pero precisa, que marca el proceso evolutivo. En cursos como los secundarios, algún aspecto debe desempeñar este papel estructural, y es obvio que las dificultades e inconvenientes que presenta la adopción del aspecto político, son menores que los de cualquier otro. Mas si la cuestión planteada significa que hay que escoger entre los aspectos históricos uno, para presentarlo con invariable supremacía en los cursos, de modo que los demás sólo aparezcan como referencias, débil y esporádicamente: contestamos que sería erróneo dar preferencia a cualquier aspecto, porque en realidad lo que se enseñaría en los cursos sería historia religiosa, historia de la civilización o historia política, según el caso; y esta especialización sería estéril o más bien perjudicial tratándose de historia política, la cual es la que se ha enseñado en México, y en gran parte conserva todavía su

preeminencia; sería imposible tratándose de historia de la civilización, que supone el previo conocimiento de la historia política e institucional; y sería también casi imposible tratándose la historia económica, y además empujaría a los jóvenes hacia el materialismo histórico, originándoles prejuicios intelectuales y morales. De hecho en México, los cursos secundarios se han formado cubriendo la columna vertebral de historia política con diversos aspectos, según la época, el pueblo, el carácter predominante del suceso o personaje”.

En lo relativo a los problemas económicos dentro del estudio de la Historia de México, llega a estas conclusiones:

“PRIMERA.—El estudio de la Historia de México debe ser una de las bases para el estudio de los problemas económicos nacionales, que haga el alumno más tarde como hombre y ciudadano.

SEGUNDA.—El estudio de la Historia de México debe ser la base del estudio de los problemas económicos mexicanos que haga el alumno más tarde, en sus cursos preparatorios especializados, o en las facultades universitarias.

TERCERA.—El estudio de la Historia de México, debe ser una de las bases para la enseñanza del civismo, por lo cual esta asignatura debe estar cuando menos en el mismo año en que se estudie la Historia Patria.

CUARTA.—Además de estas relaciones (de base, de antecedente), el estudio de la Historia Patria y el de nuestros problemas, debe relacionarse por medio de la curiosidad y de la simpatía hacia estos últimos estudios, que al curso de Historia Nacional debe provocar en el alumno.

QUINTA.—En el curso de Historia Patria debe subrayarse todo aquello que facilite realmente el estudio de los problemas económicos de México.

SEXTA.—Por medio de claras explicaciones es preciso demostrar a los alumnos que el estudio de los problemas económicos debe buscarse necesariamente, para ser serio, en sus antecedentes y transformaciones, es decir, en sus causas diversas y casi siempre complejas, en su evolución, de modo que aquellos alumnos que se inclinen a los estudios económicos salgan de la secundaria con la orientación definida hacia la Historia.

SEPTIMA.—En los cursos de Historia Patria debe seleccionarse de preferencia, aquello que sirva de base al estudio de los problemas fundamentales del país es decir, de aquéllos que hayan influido decisivamente en su evolución, así como de los actuales.

OCTAVA.—La Historia de México, en las secundarias, puede constituir un estudio fecundo y atractivo de la evolución económica de México, a través de las principales cuestiones.

NOVENA.—El curso de Historia Patria debe conceder especial atención al desarrollo de nuestro problema agrario.

DECIMA.—Explicando la evolución económica de México, el curso de Historia Patria debe hacer inteligible a los alumnos la actual sociedad mexicana en su organización económica; debe explicarles, por sus causas, la actual situación del país, después de presentar el aspecto económico de la Revolución”.

El licenciado Loyo, sin olvidar los principios proclamados por Marañón de que la biología tiene parte importantísima y trascendental en los hechos históricos ni menos el principio del ilustre maestro Caso de que primero es la patria, luego la raza y en seguida la humanidad, apunta también estas reflexiones muy atinadas: “Si la enseñanza de la Historia debe ser un factor importante para el progreso del país, es necesario introducir, franca y racionalmente, el estudio de los aspectos de la evolución económica en los cursos de Historia de las escuelas secundarias.

“En la historia de México, desde los días del imperio náhoa-olmeca, hasta los tiempos modernos, ha pesado como una maldición el error de que los grupos de cultura superior sólo han exigido de las grandes masas del pueblo su colaboración material. La Revolución ha procurado librarse de este error, y en el momento la Universidad Nacional inicia su lucha contra él”.

“Las clases intelectuales de México han sido acusadas, con justicia, de asumir frente a la vida nacional una actitud absurda y mítica; mas es debido aclarar que las actividades de los grupos intelectuales mexicanos, en la hora presente, son un síntoma de que estos grupos están a punto de dejar de ser como aquel astrónomo hindú, de que habla Hermann Keiserling, que poseía una impecable preparación científica, calculaba con precisión los eclipses de sol, y, no obstante, cuando el fenómeno se producía, echaba mano del tambor para ahuyentar al demonio que quería tragarse al astro”.

Más definida es en este sentido mexicano, la actuación de mi ilustre colega el señor licenciado don Alfonso Teja Zabre, una de las inteligencias mejor cultivadas de la nueva generación mexicana. Este letrado, que ha hecho su carrera de historiador, para seguir un símil militar, desde humilde recluta hasta el mariscalato, o en otros términos, desde alumno de las clases especialistas del Museo Nacional, al lado del insigne historiógrafo don Genaro García, hasta profesar una cátedra en la Universidad Nacional, después de pasar por las secundarias y la preparatoria; este estudioso letrado, en toda la extensión de la palabra, que es uno de los genuinos factores de la cultura nuestra, ha formulado la exposición más brillante acerca de “la renovación constante de la Historia” en su obra “Biografía de México”.

Ninguna oportunidad mejor que la presente para que las ideas vertidas en ese libro, tengan aplicación práctica y pasen de la letra escrita al terreno de la acción. Las razones que allí expone para justificar la ne-

cesidad de renovar los métodos y las formas de los estudios históricos en nuestro país, están de tal manera acordes con mi modo de pensar, que no vacilo en hacerlas mías y en traerlas al seno de esta respetable asamblea como el apoyo más sólido de las proposiciones que someteré a la discusión y aprobación de este Congreso.

Dicen así:

1.—La constante tarea de investigación aporta descubrimientos de hechos nuevos y rectifica antiguos errores. Se encuentran documentos, se descifran códices, jeroglíficos, manuscritos o inscripciones.

2.—Las ciencias sociales abren nuevos caminos de interpretación y destruyen sistemas y escuelas. A la ingenuidad y a los prejuicios religiosos de los cronistas primitivos, sucede la tendencia crítica rigurosa. Se reducen al mínimo la idealización clásica y la exaltación romántica y se aprovecha en cambio la orientación de las doctrinas actuales.

3.—El transcurso del tiempo borra y suaviza las pasiones políticas que han deformado la Historia.

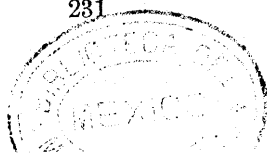
4.—A cada época corresponden una moral, una sensibilidad, un estado de espíritu distintos. En la narración histórica, principalmente con fines educativos, se siente la urgencia de preferir el estudio de la cultura, de la economía, del arte y de las costumbres, a la tradicional relación de hazañas guerreras y agitaciones políticas, que no tienen significación profunda si no se relacionan con los datos económicos y sociales.

5.—Los métodos particulares de la enseñanza histórica obligan a modificar el antiguo sistema de narración cronológica, para buscar el análisis de causas, consecuencias y relaciones, la interpretación y la síntesis, dejando solamente a la parte anecdótica y dramática su carácter de auxiliar, por el atractivo y el gusto estético.

6.—Es necesario también renovar la forma. Cambian con el tiempo el estilo literario, las modalidades retóricas, la terminología de las ciencias y hasta el valor y la fuerza de las palabras en el lenguaje usual.

7.—Cada generación, dice José Ingenieros, debe "repensar" la Historia. Los hombres envejecidos se la entregan corrompida, acomodando los valores históricos al régimen de los intereses creados: es obra de los jóvenes transfundirle su sangre nueva, sacudiendo el yugo de las malas idolatrías. La historia que de tiempo en tiempo no se repiensa, va convirtiéndose de viva en muerta, reemplazando el zigzag dramático del devenir social con un quieto panorama de leyendas convencionales.

"Y tal vez sea la Historia de México una de las ramas de la Historia Universal que más necesita y merece esta renovación. Por tratarse de una nacionalidad joven, intensamente agitada por convulsiones políticas y sociales, con el pasado histórico más extenso y cargado de sucesos vitales, que se encuentran en América, y más aún, con los datos de una gran cultura original que todavía se están desenterrando y descifrando.



la historia de nuestro país constituye un campo inmenso que reclama todavía exploradores”.

“La mayor parte de nuestras fuentes históricas ha sido de tendencias políticas, con fines de propaganda o de partidatismo. O simplemente con propósitos de pura narración y enseñanza por la memoria, sin sentido profundo, ni orientación definida. Y no es por falta de capacidad. Al contrario, nuestros historiadores han sido los más altos intérpretes del espíritu y del arte y las mejores inteligencias de la Nueva España y de la República”.

“Pero no puede pedirse que la Historia de Fray Bernardino de Sahagún se guíe por los trabajos realizados en Yucatán desde Maudsley hasta Morley y Spinden, o que las obras de Clavijero tengan inspiraciones de Spengler”.

“La Historia apenas comienza ahora a tratarse en parte como ciencia, o como ciencia en formación. Las ciencias auxiliares del conocimiento histórico han progresado aceleradamente. Una clave para entender la cronología maya transforma en terreno histórico lo que era pura arqueología, y a la inversa, la comprobación de que la cronología tolteca es en gran parte fantástica, devuelve todo un gran período que se creía histórico a la obscuridad de las leyendas o de los mitos”.

“Pero sobre todo, es necesario renovar el estudio de nuestra historia usando un sistema de ideas más apropiado a nuestro tiempo. Aun con los mismos hechos, es indispensable una nueva interpretación”.

Las teorías expuestas por el licenciado Teja Zabre han empezado a concretarse en los cuadernos de vulgarización cuya publicidad acaba de iniciar con unas efemérides de historia antigua, que seguramente son los prolegómenos de la obra definitiva que prepara.

* * *

Estamos convencidos de la deficiencia de la enseñanza de la Historia en México. En toda ocasión propicia escuchamos acres críticas acerca de este tópico. Sabemos que los métodos de enseñanza se hallan sujetos en buena parte al capricho de los profesores y a sus alcances intelectuales y que a veces más que al saber acumulado en ellos por años de experiencia y de estudio, es la improvisación la que preside las cátedras.

Como observa Russell, los maestros se resisten a cambiar la lección y quedan muy satisfechos en sostener el “statu quo” y en su inercia y pasividad continúan apegados al falso sistema de enseñanza y lo propagan. Y si a ello se agrega que en México el maestro de Historia se ve constreñido a pasar precipitadamente sobre hechos e individuos para poder terminar en unos meses la historia de cuatro siglos, mientras en Francia, por ejemplo, se destinan nueve años, para la enseñanza de esa materia en los centros de alta cultura, sin contar los de especialización, se verá que es de imperiosa necesidad la reforma de métodos.

El factor tiempo es una de las grandes lagunas que se miran en nuestra enseñanza de la Historia. En tanto que se consagran hasta tres años para la Geografía y el Civismo, a la Historia se le dedica sólo un año y naturalmente esta exigüidad de trabajo hace que los alumnos pierdan al fin el interés por los estudios históricos, con la agravante de que como en la escuela secundaria se dispensa la actividad del maestro, se ve éste obligado, por la angustia en que labora, a resolver su enseñanza en simples conferencias, dejando para ocasión mejor la aplicación de otros puntos adicionales de los programas (visitas a los museos, etc.).

La carencia de una modalidad científica y de un sistema que como en Cambridge tienda a formar en el alumno "un sentido racional de la historia", se ve más claramente en la enseñanza de las escuelas secundarias mexicanas. Sus programas obedecen a un bien definido criterio moderno, sujeto a los cánones pedagógicos más adelantados; pero en contraposición se resiente de una falta de orientación que defina cómo deben interpretarse los hechos históricos. Los textos de uso, en vez de ser sus auxiliares, les sirven de traba, porque salvo honrosas excepciones, entre ellas la del eminente historiador licenciado don Alfonso Toro, con cuya presencia se honra este Congreso, los autores han caído en la imitación servil. Verdaderos copistas históricos, repetidores de falsedades tradicionales, nunca se han tomado el trabajo de verificar las fuentes de información y se han conformado con adoptar opiniones ajenas, sin averiguar si éstas descansaban sobre cimientos de autenticidad. De esta manera han ido perpetuándose los más graves embustes, que si en cierto modo halagan el sentimentalismo patriótico de las multitudes, en cambio lesionan hondamente la verdad, esparcen la falacia y propagan conceptos equivocados acerca de hombres y acontecimientos.

El profesor, aunque no practique la que llama Altamira "idolatría del libro," si es consciente espulga los textos de esa hojarasca que lo atiborra y así duplica su trabajo mental y distrae su atención en explicaciones inútiles; pero si es negligente, se conforma con la teoría del menor esfuerzo y continúa siendo instrumento de las "grandes mentiras de nuestra historia".

Uno de los graves defectos de los textos actuales, es que presentan una falta de selección de los hechos desde el punto de vista educativo, deteniéndose por lo común en detallar acontecimientos de interés para el especulador y el especialista y no para el maestro. A este respecto, Verniers define con precisión el punto:

"Los autores de los manuales de historia al uso en las escuelas primarias son, generalmente, o pedagogos o historiadores profesionales, por excepción pedagogos e historiadores trabajando en estrecha colaboración".

"Pues esta excepción es la que creemos que debería convertirse en regla. Con frecuencia, en efecto, los libros debidos a los pedagogos "se distinguen por una sensible falta de información", como lo observaba re-

cientemente M. Halphen. Por el contrario, los que se deben a la pluma de historiadores puros manifiestan con frecuencia un singular desconocimiento de las leyes de la psicología infantil”.

“¿Por qué no unir a la ciencia del erudito la experiencia del que practica la enseñanza? Una colaboración así podría dar frutos excelentes. Deseamos, pues, que sea posible que se multiplique en el porvenir, en beneficio de las nuevas generaciones de escolares”.

Ciertas consideraciones, que nos vamos a permitir enumerar sumariamente deberán tenerlas constantemente en cuenta los autores de los manuales.

Recordaremos que los manuales deben estar saturados de un *espíritu de imparcialidad absoluta*. Este es el criterio esencial. Señalamos a este efecto el alto concepto que el gran historiador Albert Mathies tenía de su misión:

“No afirmar nada de que no se tenga pruebas ciertas, este es el método único. No dar como exacto más que lo que esté confirmado por testimonios informados y dignos de fe. No juzgar a los hombres y a las cosas del pasado más que de acuerdo con las maneras de pensar y de juzgar en uso en su época. Rechazar absolutamente las interpretaciones tendenciosas o erróneas puestas en circulación por los historiadores, incluso por los más acreditados. En resumen, *no servir más que a la verdad y decir la entera*”.

Precisa además disociar, desvincular en los programas de las escuelas primarias las materias correlativas a la Historia. La enseñanza conjunta del Civismo, la Geografía y la Historia, desvirtúan la función educativa específica de cada una de ellas y hace que se descuide la seriedad de su estudio.

A este respecto y por lo que tiene de valor experimental, es oportuno reproducir lo que asienta el citado licenciado Gilberto Loyo acerca de los libros de texto:

“El problema de los textos, que se puede considerar ajeno a la enseñanza universitaria de la Historia, es importante en la enseñanza primaria; y en la secundaria es fundamental.

En las escuelas primarias y en las secundarias, la Historia debe enseñarse *tendenciosamente*.

En la segunda enseñanza (escuelas secundarias, preparatorias y profesionales con secundaria especial), el carácter tendencioso debe ir disminuyendo a medida que se acerca el término de ella.

En México la tendencia debe ser nacional y revolucionaria. La tendencia nacional es vital. La tendencia revolucionaria se debe integrar con el corto número de postulados que sirvieron de bandera en la lucha y que han sido elevados a preceptos constitucionales. Estos postulados, contra los cuales no existe una apreciable corriente de opinión, están acep-

tados prácticamente por todo el país, y, en conjunto, se hallan sostenidos por todos los grupos políticos”.

“La realización del modesto programa de la Revolución, es fundamental en el verdadero progreso del país. La enseñanza de la Historia, bien organizada y dirigida, puede ser un factor efectivo que impida que una vez más, un programa de reformas queda escrito y los problemas enormes de México se acumulen más”.

“La enseñanza de la Historia en el país ha sido muy deficiente, y en general, lo sigue siendo más que por la falta de buenos textos y de adecuado material de clase; más que por impreparación del profesorado, sobre todo desde el punto de vista de la técnica; más que por la mala organización de la materia y por su situación en los planes de estudios, por su alejamiento de las necesidades de la realidad mexicana. La Historia debe, con otras asignaturas como la Lengua Nacional, constituir la médula de la enseñanza primaria y secundaria. La Historia debe ocupar un lugar preeminente en los programas de las escuelas normales; y en éstas los exámenes de la materia deben ser muy estrictos, así como los profesionales respecto a los conocimientos y criterio histórico que se deben exigir al candidato”.

La orientación nacional y revolucionaria, que en nuestra opinión se debe imprimir a la enseñanza de la Historia en las escuelas primarias y secundarias de la República, es tema fecundo para discusiones en nombre de la verdad histórica, del desinterés científico, etc.”.

* * *

En cuanto al sentido de la realidad presente, no hay para qué insistir en la ausencia de él en nuestra enseñanza de la Historia. Sabemos bien, como lo asentó el ya citado profesor de Castro Cancio, representante en este Congreso, del Estado de Hidalgo, en su obra “La Escuela de Acción” que “la enseñanza de la Historia ha sido juguete de las pasiones políticas, de tal modo que hemos perdido el tiempo en torpes patrioterías que han desvirtuado la noble misión educativa de esta materia, y por eso es preciso la discreción y la parquedad en la enseñanza sin dejar de tener presente, por de contado, que nos movemos dentro de una sociedad en marcha y que debemos ir con su ritmo y con las palpitaciones de su organismo. A este respecto, las “sugerencias revolucionarias para la enseñanza de la Historia” del profesor Rafael Ramos Pedrueza, dan la pauta al educador sobre la aplicación de acontecimientos coetáneos a la metodología histórica.

* * *

Juzgamos que lo expuesto basta para esbozar los fundamentos de las proposiciones finales, cuyo espíritu más que de modernización es de actualización.

Por lo tanto, tengo el honor de someter a la aprobación de esta asamblea, las conclusiones siguientes, a fin de que las respalde con su autoridad y las lleve oficialmente al terreno de la práctica en la forma que decida:

I.—El primer Congreso Mexicano de Historia Patria, declara que la enseñanza de la Historia en México debe ser orientada hacia nuevos derroteros, con tendencia nacional y revolucionaria, que definan la interpretación que ha de darse a los hechos históricos y el valor educativo de los mismos.

II.—Diríjase el Congreso al Ejecutivo de la Federación, para que la Secretaría de Educación Pública, ordene desde luego la revisión de los programas y métodos de enseñanza de la Historia que se usan actualmente en los establecimientos docentes. Hágase extensiva esta invitación a los Gobiernos de los Estados para que las autoridades escolares de los mismos procedan en iguales términos.

III.—Exíjase que la enseñanza de la Historia en las escuelas, especialmente en las secundarias, se le dé la importancia que requiere, ampliándose el tiempo que se le concede y su graduación (y ocupándose de preferencia y obligatoriamente, en coordinación con los fenómenos del pasado, de la historia de la revolución social mexicana desde 1910).

IV.—Desígnese una comisión del seno de este Congreso para que se encargue exclusivamente de activar el cumplimiento de estos acuerdos.

José de J. Núñez y Domínguez.

Me adhiero a las anteriores proposiciones.

Por el Sindicato de Redactores del D. F., Fernando Ramírez de Aguilar.—Por la Delegación Universitaria de la Ciudad de Jalapa, B. Coquet Jr..

Delegaciones adherentes a estas conclusiones.

Delegación Oaxaqueña, Lic. Heliodoro Díaz Quintas, Wilfrido C. Cruz, Fernando Ramírez de Aguilar.—Por la Universidad de Nuevo León, David A. Cossío.—Por el Diario de Yucatán, Jorge Fernando Iturribarría.—Por la Delegación del Colegio de Profesores de E. Secundarias, J. de Castro Cancio.—Por la Delegación del E. de Hidalgo, J. de Castro Cancio.—Por el Sindicato de Profesores de Educación, Agustín Segura y V.